

**ARTE Y
LITERATURA**



Tiroteo gramatical

JAIME GONZALEZ PARRA*

Con motivo del "Día del Idioma" este 23 de abril se trae a cuento el que posiblemente fue el primer capítulo de la historia de la cacería de gazapos.

Muchos viejos alfareros del idioma —estudiosos de la gramática, comunicadores de prensa, profesores de español— esperamos por años, pacientemente, la ocasión de conocer en detalle una renombrada controversia intelectual ahora incluida en este pequeño libro que ha llegado a nuestras manos por gentileza de su autor. Este nuevo volumen, bautizado "Variedades literarias y lingüísticas", pulcramente editado por el Instituto Caro y Cuervo, incorpora el texto de aquel curioso cuadernillo que hace medio siglo recogió un célebre "Tiroteo gramatical", auténtica batalla campal en la que, repartidos en dos bandos a cual más aguerridos, intercambiaron disparos semánticos de todos los calibres tres conocidos personajes de nuestros anales políticos, literarios y lingüísticos.

La primera andanada provino del bando conformado por un fogoso parlamentario de la Montaña, consagrado folclorista y escritor costumbrista, espécimen sobreviviente de un liberalismo radical, don Antonio José Restrepo, cuya oratoria cáustica había quebrado lanzas en el Senado con la retórica empenachada del bardo payanés, maestro Guillermo Valencia, a poco andar candidato a la Presidencia de la República, y aun con la dialéctica ultramontana del gran jefe azul Laureano Gómez, habiendo cobrado nítidas victorias para la causa liberal. Al señor Restrepo, quien a la sazón ocupaba cargo diplomático en Suiza, lo acompañaba como ayudante de artillería en la escaramuza idiomática el laureado poeta Angel María Céspedes, a

* Periodista y escritor, miembro de la Academia Colombiana de la Lengua y de la Academia Colombiana de la Historia, actual colaborador del diario El Tiempo en cuanto redacción y estilo se refiere. Autor del Libro publicado por la Universidad Central en fecha reciente.

su vez secretario de la legación, cuyo estro lírico había conquistado el primer galardón en unos famosos juegos florales de la Bogotá centenarista. En el extremo opuesto, solitario pero con un arsenal bien provisto, aguantaba la sorpresiva carga el reputado filólogo, diplomático de carrera y escritor de sabroso estilo don Eduardo Guzmán Esponda. El mismo explica en la "Nota Previa" del libro reciente cuál fue el origen del comentado "tiroteo", iniciado desde la British Pension de Ginebra por los cazagazapos Restrepo y Céspedes, "Argos" de la época, el 14 de febrero de 1932. Dice así don Eduardo:

*"En las revueltas de una modesta carrera diplomática, y en dos épocas harto distantes, se cumplieron mis misiones en Rio de Janeiro (1925-1930) y en Lisboa (1948-1949). De ahí los apuntes sobre el idioma portugués, cuyo primitivo texto se publicó en un pequeño libro de crónicas, hoy inencontrable, titulado **Bajo el Sol del Brasil** (Editorial Minerva, 1930). (...) Publicado que fue mi librejo de crónicas brasileñas, en edición mínima, fue a dar a Ginebra, donde el doctor Antonio José Restrepo desempeñaba el cargo de delegado de Colombia en la Sociedad de las Naciones. Visto mi libraco, el doctor Antonio José se puso a cazarle gazapos lingüísticos, que llegaron a la fabulosa cantidad de 52; e hizo que Angel María (Céspedes) firmara también la diatriba, a lo cual accedió, no sin poner una ingeniosa antefirma para salvar su inocencia en la acusación. Quien esto escribe les dio réplica refutando la crítica gramatical, respuesta que Antonio José encontró bien fundada según carta de 9 de septiembre de 1932, carta hasta ahora inédita, en que está retratado su autor".*

La "declaración de guerra"

Según esta referencia, el libro que dio pie a la contienda idiomática apareció en 1930. Hacía entonces menos de una década que se podía dar por concluida la era de los "Presidentes gramáticos", el último de los cuales había sido don Marco Fidel Suárez. Pero aún estaba reciente la candidatura presidencial de aquel formidable contendor tribunicio de don Antonio José, el poeta Guillermo Valencia. De manera que los hombres de letras, en los entremeses de la política, llevaban la gramática del señor Bello debajo del brazo y saltaban a la liza cada vez que sorprendían la presencia de un gerundio impertinente, o daban caza a un **qué** afrancesado, o vislumbraban buena pesca en un librejo como aquel que provocó el "tiroteo", escrito desprevenidamente para cantarle al alucinante paisaje carioca pero publicado ingenuamente bajo el urticante sol de Bogotá. De ahí que

nuestros eruditos diplomáticos de Ginebra se dieran a la maliciosa tarea, lupa en mano, de escarmenarlo línea por línea para localizar barbarismos y aislarlos uno a uno, como alimañas en laboratorio, hasta contar “la fabulosa cantidad de 52”. El señor Restrepo, promotor del feroz ataque, se lo anunció a su víctima con esta declaratoria de guerra:

“Muy estimado amigo don Eduardo:

Hace tiempo tengo la pluma en ristre para endilgarle unas gracias muy expresivas por el obsequio de su libro. Aparte el placer que el poeta Céspedes y yo hemos tenido en saborear su prosa acicalada y limpia, de la que no mucho se usa ni abusa en esos mundos y en éstos, ¿querrá usted creer que nos atrevimos a cogerle algunos gazapillos de lenguaje, atendiendo nosotros a que se trata de un escritor que sabe y pule y escoge...?”. Acto seguido conminan los ginebrinos a su desprevenido adversario “para que presente sus excusas o cante claramente su pacavit”, después de advertirle que “A un chambón no nos hubiéramos tomado la molestia de expurgarlo como a un texto de metafísica en la inquisición”.

Y sin más preámbulo abren fuego, dejando olvidadas en su apresuramiento varias cargas explosivas, en castellano y en latín, que bien podrían más adelante contribuir a su propia derrota. Fueron 52 disparos de arma pesada, sin dar tregua. En la página tal... en la siguiente y en la subsiguiente. Hasta los errores atribuibles a los consabidos “diablillos de la armada” fueron llevados al paredón sin fórmula de juicio: “Usted o el cajista, que ahora es el linotipista, o ambos, se comieron una I...”. Se omitió una preposición... El transitivo... El reflejo... La desinencia... El afijo... El sufijo... La sintaxis... En fin: fueron 52 los “gazapillos”, impiadosamente analizados; y 52 las descargas, rigurosamente numeradas. Como resultaría prolijo repetirlas en una nota periodística, quien esto escribe se limita a transcribir aquí la primera:

*“Usted es hombre cuya imaginación experimenta los efectos **sorpresivos** de las proporciones y comparaciones (página 1a.). Y Desgraciadamente para usted, no se dice así en castellano, lengua en la cual el único adjetivo derivado de **sorpresa**, es **sorprendente!**”.*

La ofensiva, iniciada en la página 1a. solo fue suspendida en la “página final”. Sin embargo, este alto al fuego estuvo seguido del siguiente párrafo que tenía las trazas de un ultimátum, con todo y rendición incondicional:

"...Y, querido amigo don Eduardo, 'aquí acabó la comedia; perdone sus muchas faltas'. Y en la segunda edición de su **bonito** libro, corrija todos los descuidos apuntados por sus amigos que tanto lo estiman. Para salir a la calle, al sarao, al ministerio, a la iglesia (aunque le dé reumatismo), a todo lugar donde quede expuesto a las miradas inquisidoras de las gentes, hay que ponerse los trapitos mejores y bien remendaditos... Sus criticones afectísimos, **A.J. Restrepo**. (A modo de humilde acólito, que no 'cóllega', me honro en 'contrasignar' esta docta carta, etc. **A.M. Céspedes**".

El contra-ataque

La esperada réplica, el contra-ataque, se produjo pocos meses después. Desde Bogotá, a 25 de junio de 1932.

Era de veras grande audacia venirle con ofensivas idiomáticas a quien no ha sido solo cervantista de tiempo completo, sino cervantófilo por vocación y por familia, como que hasta contrajo matrimonio con la distinguida dama doña Elisa Cervantes. Y tratándose de la defensa de una plaza sitiada, no habría sino que recordar la estirpe heroica de aquel bizarro capitán castellano Alfonso Pérez de Guzmán, en su estoica acción contra los moros en el siglo XIII, apellidado El Bueno por Gil y Zárate, y a quien éste cantara con criterio justiciero:

"¡Vive; que la patria nuestra
Honor, virtud, **Guzmanes** necesita!"...

Establecido, pues, queda, que el señor Guzmán Esponda, aunque sin asumir actitudes ortodoxas, ha sido cervantista impenitente. Pero no es manco. De modo que, tomándose su tiempo, sin apresuramientos, enfiló sus castizas baterías para repeler el asedio.

Antes de entrar en batalla ya le ha encontrado al enemigo un punto frágil, en latín. Apelando a la táctica de la sorpresa desconcierta al adversario, anunciando su presencia por uno de los flancos, con impresionante sagacidad estratégica, al advertirle que "me atreveré a balbucir una que otra reflexión sobre las confeccionadas por ustedes cuando, en vez de irse al teatro o al café, o al santuario de Ferney, se entretenían tan felinamente con mi sintaxis y mi estilo". Y procede a debilitarles su furiosa arremetida idiomática con una inesperada carga de profundidad sobre el "pacavit".

A juzgar por la **antífona**, para el señor Guzmán Esponda aquella había sido solo una misa con más de 50 sermones. Más de uno por **gazapillo**. Pero para los profanos, y los lectores curiosos de las andanzas del caballero de La Mancha, aquello se habría de convertir en un verdadero “tiroteo gramatical”, con todas las de la ley. Bajo el fuego graneado de la contraofensiva, tan certero como implacable, uno a uno fueron cayendo, en riguroso orden numérico, los 52 fortines del bando ginebrino. Había que responder el fuego del No. 1 con el equivalente No. 1. Como en la ley del Talión, aquí no cabía otra estrategia distinta a la de ojo por ojo y diente por diente. Para cada crítica una réplica, conservando el orden numérico. De tal modo que el defensor de la plaza vio la necesidad de fijar previamente el objetivo exacto, según su número de referencia, para dispararle con el calibre apropiado. Así, en cada “gazapillo” anotado resume primero el impacto recibido y pasa luego a contrarrestar su efecto con el empleo de sus propias armas.

La rendición

Hasta aquí el texto del “tiroteo gramatical” recogido en folleto, en agosto de 1932, por el Colegio Mayor del Rosario, de Bogotá. Pero es entonces cuando se produce otro documento referente a la ya definida contienda, la Carta Final, fechada el 9 de septiembre siguiente, también en Ginebra. Esta carta, como ya vimos, había permanecido inédita hasta ahora, cuando fue publicada junto con las dos anteriores en el libro de reciente edición “Variedades lingüísticas y literarias”. Es la “rendición” del bando ginebrino. La bandera blanca de los frustrados atacantes, que así reconocieron su derrota:

“Muy apreciado amigo:

Tarde, pero con gusto, nos referimos a su réplica, fina y bastante bien fundada, sobre cuestiones en que usted es maestro, tocantes a la pureza del lenguaje y buen acierto al escribirlo.

Se ha defendido usted como un conejo, a salto de mata, y ataca como un cazumbo, a dentellada limpia. Muy bien: no podía esperarse otra cosa de un hombre letrado desde al nacer y de ingenio vivísimo, si espacioso y molondrón en veces. Un favor y un disfavor se llama esa figura; pero hay que aplicársela por ver de sacarlo de la modorra habitual, hacia una menos inactiva producción. No fue otro el objeto de la critiquilla a que tan donosamente ha respondido usted...”

Y después de sugerir a su corresponsal "respondón" la conveniencia de publicar "su sazonado trabajo", y de explicarle algo que solo fue "un puro lapsus del autor, que no quería verlo en letra de molde", le piden que lo haga "sin las firmas, por supuesto, pues tampoco les parece nada placentero aparecer bajo su azote, usted de sayón de jueves santo y ellos de Cristo. Por las cinco llagas de este consolador de los afligidos, no vaya usted a ponernos en tan mala postura...(...)".

Suscriben este melancólico tratado de rendición (esta vez sin antefirmas), ya no aquellos prepotentes "criticónes afectísimos" de siete meses antes, cuando rompieron fuegos, sino dos grandes vencidos en plan de anonimato, que solo aciertan a escribir al pie de este postrer documento: "Suyos Affmos., **Los de Antes**".

Las hostilidades habían terminado y era hora de regresar el arsenal lingüístico a la biblioteca. El vencedor, don Eduardo Guzmán Esponda, ocupó años después, y ocupa aún, como director, una fortaleza inexpugnable: la Academia Colombiana de la Lengua. En cuyo escudo campea el lema "Limpia, fija y da esplendor".